

*José Antonio Pascual*

## «El subconsciente de nuestra lengua»

José Antonio Pascual, catedrático de Filología Española de la Universidad de Salamanca y que ha sido director del Instituto de Lexicografía de la Real Academia Española, impartió en la Fundación Juan March, entre el 24 de enero y el 2 de febrero, un curso titulado «El subconsciente de nuestra lengua». Así el martes 24 de enero habló de «Algunos dudosos pasos por su historia»; el jueves 26, de «La huella del pasado en el léxico»; el martes 31, de «Las condiciones del presente en el léxico»; y el jueves 2 de febrero, de «Sobre el futuro de nuestra lengua».

Reproducimos seguidamente un extracto del ciclo.

He elegido un título que puede parecer algo pretencioso. *El subconsciente de nuestra lengua*, con la intención de llamar un poco la atención. Pero no quisiera que se viera en él más que una metáfora y no mi adscripción a la idea de que la lengua sea un organismo viviente, dotada además de un alma o del espíritu de los pueblos que la hablan.

No trato, ni siquiera, de llegar a donde en 1967 intenté hacerlo con un relativo éxito Thass Thienemann, en su libro titulado *La formazione subconscia del linguaggio*, donde encontraba en el léxico los reflejos de las experiencias básicas de nacimiento, muerte, sexo; para luego trascender la realidad del propio cuerpo y pasar a los objetos y a la realidad que nos rodea. Trato de acercarme apasionadamente a determinados hechos referentes a nuestra lengua a los que se refirió don Miguel de Unamuno, hace exactamente cien años. Por ello abordaré algunas ideas, mitos y creencias que se agazapan en los pliegues de nuestra lengua —como en la de todas— y que nos parecen hechos de tanta solidez y evidencia como pueda darse en la ley de la gravedad o en la sospecha que todos tenemos de que algún día nos ha de llamar la muerte. No aspiro a convencer a nadie, sino a provocar la sospecha de que las cosas

no son tan simples como a todos nos gustaría que fueran —se verá en ello mi deuda unamuniana—. Por lo tanto, a mi juicio, los problemas que creemos tener con nuestra lengua tienen soluciones más cercanas a la homeopatía que a la cirugía radical.

Los hablantes de las lenguas han tenido en el pasado dos actitudes que, como si de la irremediable lucha biológica que se da en la naturaleza se tratara, han condicionado el futuro de éstas: por un lado, la babelización, como condición de creación y mantenimiento de un sistema de comunicación, propio, diferente de los demás: el ejemplo más claro es el del castellano a lo largo de la historia. Por otro, la convergencia que en nuestro país se entiende claramente con el ejemplo del leonés a finales del siglo XIII y aragonés en el siglo XV: es decir, su desaparición.

En la babelización interviene la voluntad de los hablantes. La consecuencia es que con el mismo fondo nuestras lenguas han ido forzando claramente su separación, conscientemente y no de una manera casual. Pero el sueño de la lengua común era un sueño de humanistas, porque la realidad mostraba una situación contraria, que quienes vivimos ahora lo podemos comprender como nadie: cuando en gallego leemos en un banco *iroco*, donde en español hubié-

ramos dicho cambio, es porque se busca precisamente lo diferencial, por ampliar la separación que existe entre las dos lenguas.

Lo que resulta curioso es que con la separación entre lenguas cercanas se ha llegado al mismo punto que con la convergencia entre lenguas bastante distantes. Si hoy el portugués y el español son lenguas claramente diferentes, nos encontramos con que el inglés ha llegado a una relativa cercanía a nosotros —o nosotros a él—.

Leo en el aeropuerto de Nueva York: «It is illegal to remove beverages from these premises», donde la mayor parte de los elementos con significado corresponden a palabras existentes en español, aunque con un sentido totalmente distinto: 'no se pueden sacar bebidas de estas instalaciones'. La traducción literal sería: 'no se pueden remover brejaves desde estas premisas'.

La sorpresa, por otra parte, no nos abandonará si se va a México y se oye hablar de los *hoyos negros*, para lo que nosotros empleamos «agujeros negros» o se habla de que, como nos enseñó el maestro Rosenblat, allí está prohibido a «los materialistas aparcar en el absoluto», que nada tiene que ver con la metafísica, sino con las restricciones que se le imponen a un camión cargado de materiales.

Son, en fin, los problemas derivados del hecho de que nuestras lenguas se han ido separando por las distintas soluciones, tan provisionales, a que han ido acudiendo sus hablantes para explicar una realidad común (a la vez que hemos mostrado, con el ejemplo del inglés, que también pueden las lenguas acercarse).

No hay, pues, exageración al plantear que en la babelización interviene la voluntad de los hablantes; pero ¿no estaré exagerando, al atribuir a los hablantes la responsabilidad de su actitud *separadora*? (Sí, *separadora*, que es un tecnicismo de la sociolingüística.)

Llegados aquí, me atrevería a caracterizar el pasado de nuestras lenguas como el del ferrocarril: un proceso de

separación de los vecinos. Es como si las lenguas hubiesen apostado por anchos de vía diferentes para resistir o para amparar el poder político, es decir el imperio.

### *Pasado «separador»*

Pero en este pasado *separador* tuvieron que adoptar las distintas lenguas romances signos para sonidos que se habían creado en esas lenguas, pero que no existían en latín: es el caso de la palatal lateral: el español la transcribe como *ll* en español, el portugués *lh* en portugués, como *lh* también el occitano...

Sólo quiero preguntarme si es una casualidad que el portugués elija la misma grafía que tiene el occitano y no la de la lengua más cercana (o que lo haga el castellano, tanto me da).

Y llevaría la pregunta a tiempos más recientes (no hay que olvidar la elección de la anchura de vía en nuestro país, con el único fin de incomunicar, de evitar cualquier invasión). Si el vasco tiene una *ch*, ha elegido la grafía *tx*. Y lo que está ocurriendo en gallego es que, con el pretexto de reintegrarse al portugués, se rompe con una tradición gráfica que asemeja mucho el gallego al castellano.

Me interesa insistir en que estamos ante elecciones que no tienen ninguna razón esencial, que se hacen para dotar de un signo a determinado sonido y que el único criterio que encontramos repetido en todas las lenguas —desde luego en el español— es diferenciarse gráficamente.

Con esta idea quiero referirme a una pintoresca francesada a que hemos asistido en nuestro país, desde la tribuna de la prensa: la defensa de nuestra Ñ, caracterizada por Rafael Sánchez Ferlosio, con absoluta razón, como resultado del «anonadamiento cultural [que] se ha reducido a defender fetiches».

Y vamos a pasar por alto otro asunto más absurdo aún: la historia es que en 1989 no pudo la Academia alcanzar la unanimidad entre las Academias de la



**José Antonio Pascual** es doctor por la Universidad de Salamanca, de la que es catedrático de Filología Española y en la que ha sido vicerrector. Ha sido director del Instituto de Lexicografía de la Real Academia Española. Ha colaborado en el *Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico*, de Joan Corominas (6 volúmenes, 1980-1991), y ha publicado numerosos trabajos referentes a la historia del español.

lengua para ordenar la *ch* y la *ll* como se ordenaba en todas las lenguas o como se ordena la *rr*. (Decía mi maestro Luis Michelena que de la lengua se atreve todo el mundo a pontificar, mientras que eso no ocurre con las ecuaciones diferenciales).

Ante el cambio de orden de una letra no hay razonamiento posible, y se sacan a relucir las esencias. Es una rama de la herencia recibida de una tradición lingüística de separación. ¿Se puede convencer a nadie, en estas condiciones, de que las lenguas pueden intentar acercarse? Evidentemente, no. Otra rama es el purismo. Y la tercera, la propia filología.

Desde los gramáticos latinos la etimología ha sido una de las maneras de asediar el significado de los vocablos: el recurso al *origo*, es decir al que se pensaba debiera ser su significado ini-

cial, le permitía al lexicógrafo definir un término con la mirada puesta en el que había sido su sentido primigenio.

Varrón, que era plenamente consciente de la evolución que experimentaban las lenguas, lo había expuesto claramente: «No toda denominación primitiva se conserva hoy en día, porque muchas en el transcurso del tiempo se han perdido.» Para llegar hasta ese sentido originario, no se disponía más que de la mejor o peor intuición que tuviese el lexicógrafo, pues no existía un procedimiento para saber cuándo el contenido parcialmente semejante, unido a una cierta semejanza del significante, entre dos palabras de dos lenguas, era puramente casual o cuándo no lo era.

Por haber servido la etimología, en un principio, para la definición de las palabras, todavía hoy la mayor parte de los diccionarios de uso siguen colocando el étimo tras el lema, antes del comienzo de la definición.

Aunque la etimología ha tenido otra función más en nuestra lexicografía, pues habiéndose basado varias propuestas ortográficas en la etimología, bien de una forma completa, bien como complemento de la pronunciación y aún del uso, llegar a dar con el origen de las voces había de servir muchas veces de argumento de una determinada elección gráfica.

El hecho es que con el recurso a la etimología no existía el menor interés por deslindar en la historia lo mítico de lo posible o veraz (Caro Baroja hablaba de que se olvida inmediatamente el pasado más reciente y se recurre a lo mítico para interpretarlo). De forma que el recurso a la etimología lo que permitía normalmente era dar con un determinado origen —lo más noble y puro posible— para una ciudad, el apellido de una persona o un idioma.

Cuando en los llamados Siglos de Oro una ciudad buscaba realzar sus méritos, igual que podía encargar un Auto Sacramental a un escritor de prestigio, podía igualmente encargar —o aceptar complacida, que es lo mismo—

un trabajo en el que se buscaran los antecedentes del lugar por vía etimológica, con tal de que éstos fuesen lo suficientemente ilustres.

El léxico contiene parte de la historia de los pueblos. Mantiene incluso aquello que pretende olvidar. De la misma manera que en los recovecos de nuestra memoria se oculta un pasaje de nuestra infancia o queda por un rincón de nuestro escritorio una vieja foto con nuestros pantalones bombachos, de igual manera en la lengua, a través de su léxico, quedan algunos rasgos de cómo fue el pasado. No se trata del espíritu de los pueblos, como querían los idealistas, sino del azaroso pasado de todos nosotros, es decir, de quienes nos precedieron.

### *Las condiciones del presente*

Hasta ahora me he centrado en la posible alma de la lengua en una dirección cada vez menos metafórica. Queda planteado, en primer lugar, el hecho de que los hablantes de una lengua somos realmente los responsables de los prejuicios que se suelen tener sobre las lenguas: nosotros, por ejemplo, somos los incapaces de abrirlas a otras lenguas, no porque las «esencias» lingüísticas corran peligro, sino porque no nos avenimos a romper con la inercia.

He extendido esta condición, incluso a lo que refleja el léxico. Si ciertamente contiene huellas del pasado, tales huellas poco tienen que ver con el alma del pueblo que habla una lengua y mucho con los intercambios con otros pueblos, mucho con mecanismos comunes al género humano para la creación del léxico. Por decirlo en pocas palabras, entre la metáfora y el espíritu de los pueblos, me quedo con la primera.

Al situarnos en el presente, para caracterizar algunos rasgos de nuestra lengua, mi intención es volver a mostrar de nuevo que son rasgos más propios nuestros que de la lengua. Con lo que concluiré que donde está el subconsciente es en los hablantes y que las len-

guas son instrumentos precisos para la comunicación. Instrumentos muy queridos, admirables y tan gratos que podemos estar pendientes a cada paso de ellos. Pero no son dioses, no podemos mitificarlas de tal modo que hagamos una adoración tan insensata de ellas que nos sirva de coartada para cualquier clase de atrocidades y que nos impida, por otro lado, cualquier actuación hacia ellas, cualquier cambio, frente a lo que hemos conocido en nuestra infancia.

Hay algo más brutal que la misma realidad: es el eufemismo. Porque es una mentira consciente que no sirve además de nada: «A causa de la manifestación de taxistas, oí por los altavoces del aeropuerto de Barajas que el servicio de taxis ha quedado eventualmente reducido» (diciembre de 1994). Lo positivo del eufemismo no es ocultar una mala realidad o engañar. Es positivo siempre que sus fines sean buenos. El eufemismo no es bondadoso, conecta con lo que vamos a ver ahora, esto es, el cuidado de la lengua. Tomemos la idea de Ortega (1911) de la destrucción de las leyes fonéticas, frente a la reconstrucción de los espíritus fuertes. Es quizá la gran lección del idealismo lingüístico: «Si el idioma francés fenece o se borran sus delicadas irisaciones, la humanidad habrá perdido un mundo de pensamientos, de metáforas, de emociones. Las cosas verdaderamente humanas son claras, precisas, expresas, comunicables; de otro modo el pensar, el sentir, el querer sólo llegan a aquella buena sazón y madurez que llamamos cultura, merced a la expresión. Un espíritu de gran potencialidad creará un idioma multiforme y sugestivo; un espíritu pobre, un idioma enteco, reptante, sin moralidad ni energía.»

En el otro plano, el de las construcciones combinatorias, se sitúa la inercia, la reducción a un mínimo número de señales codificadas, lo que debería ser un lujo en la comunicación. Quien por medio de tres gestos y cuatro dichos reduce su participación en el mundo de la

comunicación está haciendo un uso señero de esta posibilidad. De ahí que el caso del refranero represente una odiosa posibilidad de expresión ideológica o científica.

Pero el hecho es que, junto a los fueros de la variedad, hay que contar también con la necesidad de disponer de una norma común de escritura y de expresión oral para lo que llamamos el registro formal o culto. Es lo que se conoce con el nombre de estándar, es decir (en mi adaptación y traducción del término del *Dictionnaire de linguistique*, París, 1973): «Aquella forma de lengua que se impone en un país dado, frente a las variedades sociales o locales. Es el medio de comunicación más adecuado que emplean comúnmente las personas que son capaces de servirse de otras variedades. Se trata generalmente de la lengua escrita y propia de las relaciones oficiales. La difunden la escuela y los medios de comunicación [...] No se confunde con la lengua *soutenue*, aunque tiende a acercarse a ella.»

Ello no se opone en absoluto a las distintas variedades que existen de una misma lengua. Pero necesitamos disponer de un modelo, o modelos, de uso culto de nuestra lengua. Esto es necesario en una sociedad moderna con respecto a su empleo en la educación, en la comunicación literaria y técnica, tanto escrita como oral, y en su utilización pública, particularmente en los medios de comunicación.

Siendo el estándar -y los subestándares- una especie de lengua ideal, formada por la intersección de todas las variedades (diatráticas, diatópicas, diafásicas), lo de menos es cómo se ha formado: si se trata del triunfo de un determinado dialecto, o más bien de un estrato propio de una clase alta, o si se basa en la literatura.

Lo que importa realmente es contar con él -junto a otras posibilidades originadas por la enorme extensión que nuestra lengua tiene en el mundo- como modelo que emplear en los medios de comunicación, en televisión de una manera particular.

Pero «un alto grado de estandarización -sigo con la definición del diccionario francés- requiere una gran estabilidad y arraigo», dado que «la lengua estándar no se crea de repente ni se improvisa, no se puede imponer a los hablantes [...] sino que se conforma e implanta lentamente, y el pueblo hablante la va adoptando cuando la considera útil, rentable, rica y beneficiosa».

Para la aceptación del estándar por los medios de comunicación no existen, pues, argumentos lingüísticos, sino razones de oportunidad y pragmatismo, que dependen directamente de las ideas de los propios hablantes. Con ellos habrá que contar desde el principio, pues aceptarán esta posibilidad sólo si son conscientes de la utilidad que representa disponer de un marco de referencia culto en que confluyan todas las variedades de nuestra lengua.

El problema -y no tengo ningún inconveniente en señalarlo como problema- es que para que esto ocurra, es imprescindible que los españoles sientan el deseo de formar parte de un grupo unido por su lengua común.

### *Sobre el futuro de nuestra lengua*

Estamos en un tipo de sociedad en que predomina el ocio sobre el trabajo, el conocimiento sobre el esfuerzo. Una sociedad en la que lo importante no es la propiedad o las máquinas sino la información. Esta información ha de archivar, se ha de poder acceder a ella, así como utilizarla. Tiene unas medidas mundiales, de forma que lo que ocurre en la parte opuesta del globo tiene tanto interés como lo que ocurra en la casa de al lado. Ha de ser explícita, clara, sin ambigüedades. Ha sustituido el formato del libro por el de la pantalla.

En este sentido hay constantes llamadas de atención por parte de la Unión Europea, en cuanto a que «la lengua que no esté preparada para estos retos no podrá seguir siendo el vehículo del pensamiento científico y técnico y, por ende, económico y cultural». Son pa-

labras textuales de un informe que ha dado pie a los programas europeos de investigación en el campo de las llamadas tecnologías de la lengua. Veamos ahora las ventajas de partida para nuestra lengua. Lo probable es que la mayor parte de las veces hayan pasado desapercibidas las consecuencias a que pudieran conducir determinadas acciones, como debió ocurrir con algo en apariencia tan sin importancia como fue la sustitución que se hizo en el reino de Castilla de la letra visigótica por la francesa, en ese primer renacimiento de lo español que se dio en el siglo XI. Algo que, visto desde el futuro, supuso sin más el olvido de la tradición hispánica y la apertura decidida a la cultura francesa, es decir, europea.

Con la imprenta se dieron los primeros pasos de esto a lo que se denomina con el sintagma banal de *ingeniería lingüística*; los que vinieron después los dio en el siglo XVIII la Real Academia Española, al adoptar una determinada norma para los usos gráficos, fonéticos, gramaticales y léxicos de nuestra lengua.

No son hechos intrascendentes estos que han servido para la creación de una norma culta y escrita del español, lo que resulta imprescindible para su enseñanza y hasta para su comprensión en un espacio tan amplio como el de las naciones que tienen la nuestra como lengua propia. De partida, tiene el español, frente a otras lenguas, algunas claras ventajas. El número de sus hablantes es una de ellas. Y lo es también contar con una codificación, tan cuidadosa y lentamente realizada, que ha impedido el triunfo de algunas aventuras reformadoras, como la que en su momento trató de llevarse a cabo en Chile y que permite, en cambio, que haya una convergencia en la norma culta, entre los escritores de uno y otro lado del Atlántico.

Otra de sus ventajas tiene que ver con la actitud de los hablantes más que con la lengua misma. Actitud que ha permitido a lo largo de la historia la introducción imprescindible de presta-

mos de otras lenguas; del inglés en el momento presente. De este modo, se ha sabido convertir a las demás lenguas en auxiliares capaces de enriquecer la lengua en lugar de tomarlas como invasores insolentes. Y no pensemos que eso se debe a que se haya recurrido a las demás lenguas sólo para crear términos nuevos, sino también para adoptar voces innecesarias desde el punto de vista representativo.

Así, tratándose de la lengua que da menos alergia a los puristas, el italiano sirvió para que los cortesanos sustituyeran por *menestra* nuestro tradicional *potaje*, o para que un poeta tan exquisito como Garcilaso sorprendiera a sus lectores al introducir una palabra como *abandonar*, con el mismo significado que en ese momento —claro que no ahora— tenía *desamparar*.

Pero hay que contar también con algunos otros problemas de partida. Uno de ellos tiene que ver con lo que se conoce como *intelectualización* de una lengua estandarizada, es decir, la facilidad que existe o no en ella para realizar «formulaciones precisas y rigurosas y, si es necesario, abstractas» (tal como señaló Havránek). Representa también un grave problema para una lengua estandarizada lo que conocemos como *deslealtad lingüística*, originada por la falta de orgullo de los que la hablan.

A tales problemas se debe añadir una general *desconfianza*, como si de algo antinatural se tratara, hacia cualquier apoyo que pueda darse a un idioma a través de la técnica, a causa de la idea extendida de que las lenguas han de vivir con *plena espontaneidad*, máxime las que como la nuestra parecen imperecederas, tanto a causa de su extensión como por su admirable tradición literaria. Suelen los políticos y muchos de los lingüistas de nuestro país dar por sentado, casi con la seguridad con que se contemplan las leyes físicas, que la masa de hablantes que sustentan el español ha de imposibilitar su pérdida. Con lo que, lo mejor que debemos hacer con nuestra lengua es *dejarla en paz*. □